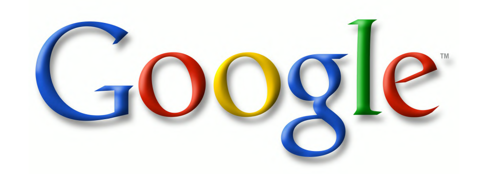
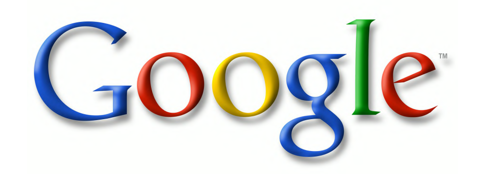
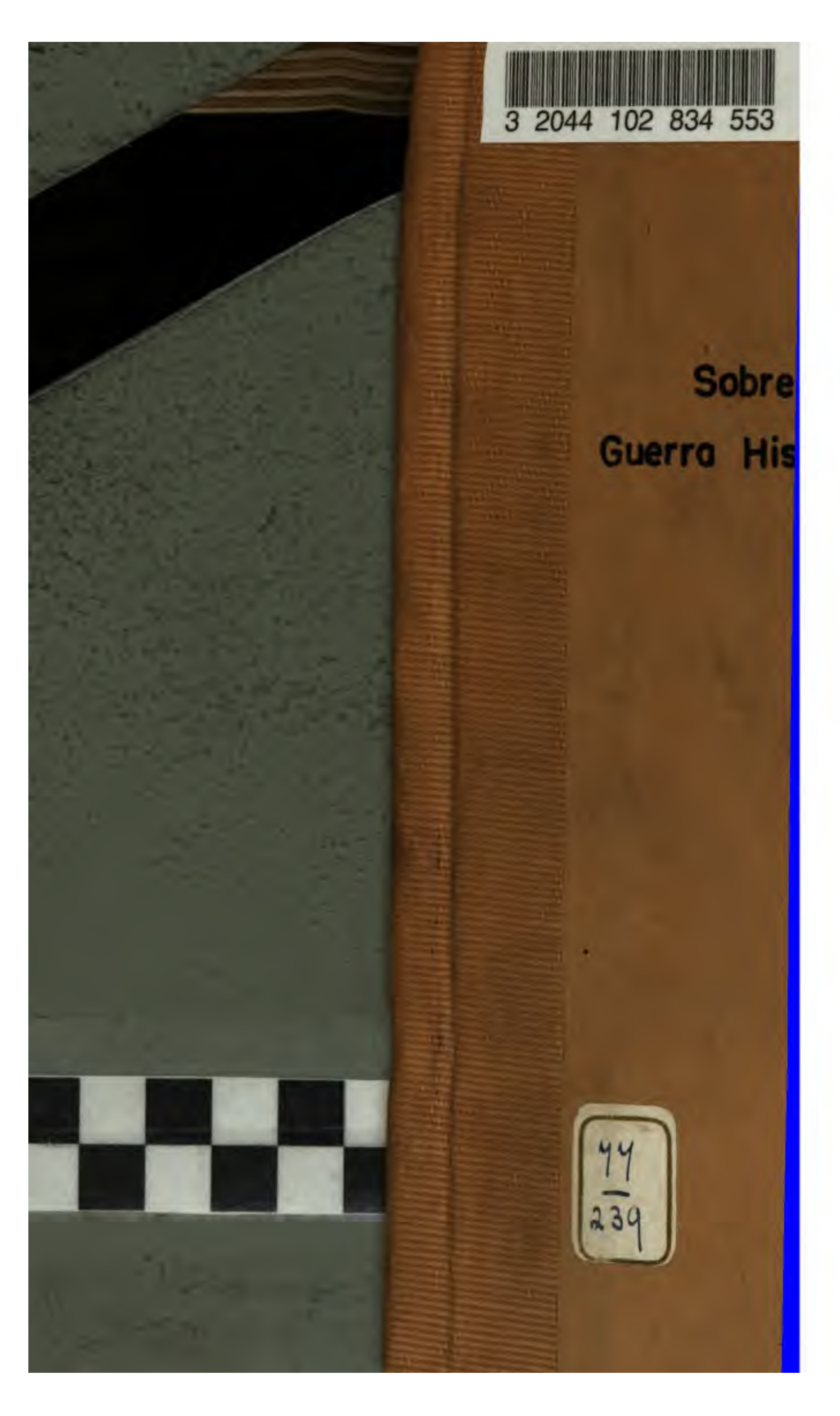
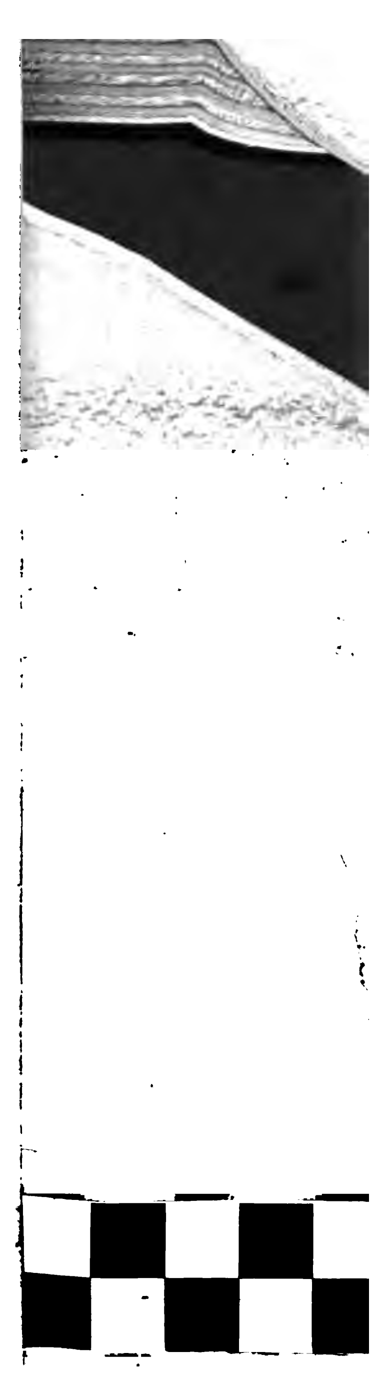

Google

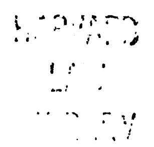



3 2044 102 834 553
Sobre
Guerra His
44
239

CONCAS

bre Las Ensenanzas de la
Hispano-Americana
1900






77
239

SOBRE LAS ENSEÑANZAS

DE LA

GUERRA HISPANO-AMERICANA

POR

D. Victor M. Concas

CAPITAN DE NAVÍO

Y

VICEPRESIDENTE DE LA SOCIEDAD GEOGRÁFICA DE MADRID



BILBAO
Imprenta y Litografía de Ezequiel Rodriguez
Sucesor de Juan E. Delmas
1900.

SOBRE LAS ENSEÑANZAS

DE LA

GUERRA HISPANO-AMERICANA

Ao Exmo Snr

D. Fran.co Silveira do

entristecido amigo.

Victor de Moraes

Bilbao 1º - 4 º 1901.

SOBRE LAS ENSEÑANZAS

DE LA

GUERRA HISPANO-AMERICANA

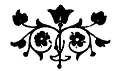
POR

D. Victor M. Concas

CAPITAN DE NAVÍO

Y

VICEPRESIDENTE DE LA SOCIEDAD GEOGRÁFICA DE MADRID



BILBAO

Imprenta y Litografía de Ezequiel Rodriguez

Sucesor de Juan E. Delmas

1900.



SOBRE LAS ENSEÑANZAS

DE LA

GUERRA HISPANO-AMERICANA

I

Desde el mismo día en que se declaró la guerra entre España y los Estados-Unidos, no ha habido escritor, político ni publicista, que, viniera ó no á cuento, no haya sacado ejemplos, descrito sucesos y deducido consecuencias perfectamente acordes á previsiones, discursos ó escritos anteriores, aunque para ello, en la mayoría de los casos, hayan tenido que inventar los hechos y desfigurar los sucesos para acomodarlos á la intención propia, de modo que respondan la supuesta clarividencia de los autores; aunque á la luz de la verdad y de la historia, los hechos relatados, tengan tanto que ver con la guerra hispano americana, como con las campañas de Xerjes.

No es esto negar valor científico á la mayoría de esos estudios, si se consideran como disquisiciones abstractas de estudios profesionales; pero para estu-

diar una guerra determinada hay que describir la guerra tal como fué, y no como pudo haber sido á juicio ó conveniencia del autor, pues por nuestra parte, habiendo sido en ella testigo presencial y con motivos de buena información, podemos asegurar que muchas conclusiones están alteradas ó inventadas en tantos escritos que se dán por bien enterados, entre ellos en los largos artículos publicados de Marzo á Octubre de 1900 en la *Rivista Marittima Italiana* por el conocido publicista italiano Sr. Bonamico, bajo el epígrafe de INSEGNAMENTI DELLA GUERRA ISPANO-AMERICANA.

Es esto muy sensible, precisamente por tratarse de un escritor italiano, pues de los marinos franceses é italianos esperábamos nosotros otra clase de estudios, que aquí no han de poderse hacer en mucho tiempo; con tanto más motivo *cuanto bien pudiera hacerles falta,* estudios tanto más fáciles para los dos pueblos citados, cuanto con mirarse á sí mismos y ver sus virtudes y sus defectos, podían haber conocido las unas y los otros del otro pueblo latino, y con haber recordado su propia historia del mismo ayer, no tan distinta de la nuestra de hoy, saldrían por sí mismas las enseñanzas, pues de todo se desprenden los pueblos como los hombres, menos de la sangre que constituye la idiosincrasia de su ser y que, buena ó mala, hacen á cada pueblo y á cada hombre tal como es, y nó como en sueños suele verse por adoración á pueblos extraños de su raza. Así, que no es á nuestro juicio conocer el pueblo español, suponer que el Almirante Cervera

podía y debía prescindir para sus decisiones de los gritos *della piazza* como por cien veces sostiene Bonamico, pues si los gritos de la *piazza* son de la nación entera, si á esos gritos se une la prensa en masa y al frente de ese movimiento de mejor ó peor gana se pone el Gobierno de la patria, por grande que sea el disparate, no ya en España, ni en el universo entero, hay un Almirante capaz de desobedecer, como también indica someramente Colomb, pues ó las corporaciones militares son brazos de un cuerpo sin cabeza ó la disciplina militar es un mito, y las sociedades que crearan tales elementos, sería para quedar á merced del primer caudillo que siguiera la originalísima teoría que se sostiene.

¡Qué es cierto que de no haber ido la escuadra á las Antillas hubiera sido la salvación de Filipinas, quizás de parte de la deuda cubana y siempre de los términos de la ominosa paz! ¡No hay duda! ¡Qué por esta razón estratégica, tan defendida por el gran escritor americano Maham, no debió ir! ¡Tampoco!

Pero todo esto que son razones poderosísimas para que no se hubiera mandado por quien podía disponerlo, no son el menor argumento para sostener, no la ya conveniencia, sino la obligación de una desobediencia, apoyándola en fáciles argumentos de hechos consumados y sosteniendo teorías más peligrosas para la seguridad del Estado que la pérdida de cien escuadras, como es la pérdida del respeto á la ley, conquistada por veinte siglos de sacrificios del mundo civilizado.

El Almirante Cervera debió dar su opinión y la

dió con varonil entereza. Pidió su opinión á sus Capitanes y estos la dieron con igual energía. Recibió la orden de salir para las Antillas y unos y otros obedecieron, sin que á nadie se le pasara por la imaginación someterlos á un Consejo de guerra, como dice Bonamico, pues obedecieron dando su opinión, obedecieron cumpliendo las órdenes superiores, sin que á nadie se le ocurriera románticas indisciplinas, que no caben sinó en la mente de novelistas.

Tomado de Wilson, y sin más investigación, discurre igualmente Bonamico, como otros muchos, sobre los torpederos españoles. Sobre esto se me ocurre contar la historia de aquél que describía las fatigas y peligros del parto de su tía; y al que hicieron observar que la tía había muerto hacía veinte años y que era el tío y no la tía el que se hallaba en el lugar de la ocurrencia, y de lo que salió diciendo: ¡pero si hubiera sido mi tía! Así, pues, no sabemos como meter en la cabeza de los muchos que han disertado sobre los torpederos, de que ni en las Antillas ni en Filipinas no había ni uno, ni medio, ni la sombra de ninguno. ¡Pero si los hubiera habido! Entonces si hubiera sido la tía, pero fué el tío y nada más que el tío.

Desgraciadamente no había ningún torpedero en los mares de operaciones, y los únicos tres que se pensó en enviar y que no pasaron de Cabo Verde, fueron seguramente una de las causas determinantes del envío de la escuadra á las Antillas. No hubo, por desgracia, la suficiente energía, ni para enviarlos, ni para dejarlos de enviar; así que adelantaban

un paso ó se detenían, según oscilaban dentro de las altas esferas del Gobierno la intención de enviarlos ó el temor de producir un *casus belli:* y así fué que ni esos tres llegaron á su destino, mandados regresar desde las islas de Cabo Verde; por consiguiente todas las enseñanzas que se pueden obtener y censuras que se hacen sobre operaciones fabulosas no es de lo que hicieron, sinó si acaso, de lo que hubieran podido hacer de haber existido.

Ridiculiza Bonamico mis palabras de la defensa cuando digo que Dewey atacó á la escuadra del Almirante Montojo con *cruel frialdad á modo de negocio* que trascribe en español, y ciertamente que debió leer de prisa, pues en la página 48 de la defensa impresa, dice: «en el *United Service Institution,* página 440 en la publicación de este año (1899) el Almirante Colomb dice: «Dewey se colocó á tal distancia, que ni los buques ni las baterías pudieran hacer una contestación adecuada á su fuego, ejecutado con cruel frialdad á modo de negocio *(business like)* por parte de los americanos; y una parada patética de quijotesco valor en el lado contrario.»

Y en la página siguiente, digo yo: «Entabladas las batallas, lo fueron siempre *como deben entablarse,* á modo de negocio.»

De modo que lo de *á modo de negocio* no fué Concas quien lo dijo, sinó el conocido Almirante inglés Colomb, hoy difunto; y que no solamente ni yo ni ningún español se ha dolido del caso que merezca ridiculizarse, cuando por el contrario consta escrito, que yo hallaba perfectamente natural, de que *á la*

guerre comme à la guerre, y de lo que se deduce, como clásica enseñanza, que si hubiese sido la tía como fué el tío, pudiera ser que lo dicho hubiera sido como lo cuenta Bonamico, cuando es todo lo contrario.

Copiado de Wilson, sin más criterio, carga Bonamico á las fuerzas españolas, el crucero acorazado *Cataluña,* botado al agua el 4 de Septiembre de 1900, es decir, después de dos años de hecha la paz; también carga á la misma los otros cruceros acorazados de 7.000 toneladas *Cisneros* y *Princesa de Asturias,* que hoy mismo aún no han probado; los cruceros *Alfonso XIII* y *Lepanto* no terminados, y una porción de carboneros, cuyos nombres, yo, Jefe de Estado Mayor de aquella escuadra, jamás había oido; y por supuesto discurriendo largamente sobre la utilización de los tales carboneros con palabras duras para el Almirante español, que perdonamos generosamente inspirándonos en aquellas palabras del Señor: ¡perdonadles que no saben lo que se dicen!

Sólo es cierto que el vapor *Alicante* fué puesto á disposición del Almirante, pero el *Alicante* era un buque hospital, no carbonero, estaba en la Martinica y supuesto que se destruyeran las instalaciones de hospital, tenía que tomar un cargamento entero de carbón. ¿Se lo darían? ¿Si se lo daban podría ocultarse el objetivo? ¿Podría jamás llegar á Santiago? ¿Cuando? Quizás en Septiembre de 1900 cuando llegó al agua el crucero *Cataluña.*

Undici navi moderne di oltre 17 miglia de 80 mile tonelate (pág. 230).

¡Así se escribe la historia!

Objeto de larguísima discusión es la tésis que sostiene Bonamico, de que Cervera debió llevar su escuadra á Cienfuegos, en términos de *majister* y no siempre suficientemente correctos; los que nos autorizan á su vez á decir que el que tal hubiera hecho habría demostrado la mayor incapacidad. Cienfuegos está en el fondo de un golfo, que se puede bloquear con toda comodidad desde cien fondeaderos cercanos; la entrada tiene una de las orillas baja y dominable por la artillería de los buques, que con 200 hombres de desembarco bajo los fuegos de aquélla hubieran levantado impunemente los torpedos; la islita que constituye esa boca hace imposible desplegar en ella fuerzas del ejército, si la dominan desde el mar, y ni puede defenderse desde la otra orilla interior del puerto por el bosque y el bajo fondo. La defensa consistía en dos cañones Krupp... de 9 $^c/_m$ y y dos Hontoria de 12 $^c/_m$ prestados por la marina, y unos cañones viejos de hierro, cuyos proyectiles no llegaban al mar.

¿Y una vez tomada la boca del puerto y acumulada allí toda la escuadra americana, que hubieran podido hacer los cruceros españoles, ni 40.000 hombres tirando balas Maüsser contra los costados del *Oregón?* ¡Ni que necesidad de desembarco, que precisamente en Santiago de Cuba, no tenía más razón que no poder tomar la boca del puerto!

Es cierto que los Estados Unidos lo bloquearon con empeño, pero había dos razones: la primera que se había dicho el disparate de que la escuadra de Cervera llevaba municiones para la Habana—lo que dejamos

á la consideración de toda persona competente, si unos buques que seguramente iban á dar con fuerzas superiores, iban á ir sobrecargados de pólvora y granadas, cuando hoy apenas cada nave tiene sitio para las suyas,—y la segunda razón era el bloqueo mercantil, pues es evidente que de poco servía bloquear la Habana, si quedaban libres los puertos unidos con élla por la red de ferrocarriles.

El desconocimiento de los lugares y de las circunstancias de la guerra se marcan en casi todos los escritores, menos en los americanos, pues sin ello no hubiera Bonamico censurado como lo hace la marcha de Escario por haber tardado once días en recorrer 180 kilómetros, marchando por veredas casi siempre de á uno en fondo, por un bosque completamente vírgen, en país montuoso, y hostigado por los flancos, bastando que hallara árboles grandes atravesados en el camino, como era la táctica de los cubanos, para hacer el avance dificilísimo. Y es imposible seguir la discusión cuando falta el conocimiento de los hechos, de los lugares y de las circunstancias y cuando, como lo confiesa Bonamico, toda su guía es la citada obra de Wilson, escrita *to make money with* y para justificar el papel poco decoroso de Inglaterra. No se nos achacará de parciales, si decimos que los únicos escritos consultables son los de los publicistas americanos con poquísimas excepciones, pues jingos los hay en todas partes, y de lo escrito en Inglaterra, únicamente lo tomado de tales fuentes, como los artículos del coronel G. S. Clarke, publicados en el *Anuario de Brassey* de 1899, cuyas últimas líneas

dicen que todos los datos se los han facilitado los capitanes de navío F. E. Chadwick, C. F. Goodrich y el capitán de fragata J. S. Colwell todos de la marina de los Estados-Unidos. Y fuera de eso, la relación espartana de documentos publicados por el Almirante Cervera y permítaseme agregar el libro mío, *La Escuadra del Almirante Cervera,* de el que dice Bonamico, *recentissimo libro*, como expresando tanto que acudimos tarde á la palestra, como que no pudo tenerlo en cuenta para sus artículos; y á lo que observaremos que el ejemplar que tuvimos la honra de remitirle era de los últimos de la segunda edición, agotada la primera hacía meses y que por consiguiente nada tenía de reciente; libro que juzga apasionado contra los americanos, de cuyo cargo nos defendemos con lo escrito en dicho libro, pues ni en él, ni en éste hacemos más que elogios de los que fueron nuestros enemigos, cuando á Bonamico podríamos hacerle cargos de servil copista de Wilson, cuya procedencia debió serle bastante sospechosa para que, usando de su admirable criterio, hiciera de todo más seria información.

Juzgar la guerra como se juzgan los ejercicios, induce á grandes errores; pues si en un ejercicio se trata de forzar un puerto, por ejemplo, es un ensayo para el caso en que aquella operación conviniera realizarla en el plan de campaña; pero en la guerra real y efectiva, hay que ver siempre la finalidad, y no se debe alcanzar un puerto ó una posición cualquiera ó enviar una fuerza al campo de operaciones, sin antes saber que es lo que va á hacerse allí y que

nueva situación creará la operación que se intenta. Salir por salir, ante fuerzas inmensamente superiores, como se sostiene en tantos escritos, no resiste á la menor crítica; y si en junta de guerra hubo opiniones de que la escuadra saliera de Cuba para Puerto Rico, fué por presión del hambre que se preveía, no para mejorar de situación eligiendo el puerto designado por el Gobierno, nunca el de Cienfuegos que era demostrar la mayor nulidad estratégica, mal que le pese á Bonamico.

II

Las circunstancias de la guerra pasan no sólo desapercibidas al crítico italiano, sino que son objeto de la mayor confusión.

Sostiene en primer lugar que Cuba estaba en malas condiciones para el bloqueo, cuando por el contrario jamás volverán á presentarse otras más favorables para los bloqueadores. En efecto: la Isla de Cuba está rodeada de un semillero de islas donde las simpatías eran todas por los americanos, allí tenían espías y simpatizadores por todas partes, la Mole de San Nicolás en Haiti, neutral, era una base de operaciones de la escuadra de los Estados-Unidos; Jamáica, *soi dissant* neutral, otra base con todas sus consecuencias. En la misma Isla tenían una revolución triunfante que los apoyaba; la población española, en gran parte, apenas si solo cubría las apariencia, temerosa de perder sus intereses; y las sociedades masónicas tenían dominado hasta los principales centros de gobierno. Tenían prácticos del país, confidencias, puertos, sus propias bases de operaciones en

las Tortugas y Cayo West, sobre el único puerto fortificado de la costa Norte. Y si eso son dificultades, confesamos ingénuamente que las campañas de Suffren en el Océano índico y las de Mendez Nuñez en el Pacífico á miles de leguas de su patria y *todo* hostil, debe ser algo mitológico que ya no comprenderíamos, si se llama difícil al llamado bloqueo de la Isla de Cuba.

Como dijo el Almirante Cervera en una de sus comunicaciones reservadas, hacía mucho tiempo que Cuba no era española: los mismos españoles que figuraban en primera línea, casi en su mayoría pagaban sendas contribuciones á Máximo Gómez para que no les incendiaran sus fincas; y mientras en Madrid hacían oir su voz en las más altas esferas, ó en París se gastaban sus rentas: un destacamento del ejército les guardaba los ingenios, debilitando nuestras fuerzas, así fraccionadas hasta lo infinito. A esos ingenios acudían periódica y puntualmente las partidas; disparaban unos tiros al aire á cuatro ó cinco mil metros, que eran contestados por el destacamento, con lo que constaba que el dueño no era insurrecto; y cobrado el estipendio convenido, continuaba su camino la partida recaudadora de contribuciones; seguían las faenas del campo como si tal cosa y solo el destacamento vivía atrincherado ya ahuyentados los enemigos.... apesar de que con un fósforo á los cañaverales podían haber terminado en un segundo semejante comedia. Si con esos auxilios la guerra era difícil, confesamos nuestra ignorancia de lo que es la guerra fácil.

No nos referimos á esa masa indocta de españoles que no tenían nada que perder y genuinamente patriotas, con la lengua y con las obras en el campo de batalla; sino de la gente culta y enriquecida, entre los que había muchos más partidarios de España, entre los cubanos ilustrados que entre los propios nacionales, y no por simpatía, sino por verdadero conocimiento del país y del porvenir que les espera, ya independientes ya yankes, que no es otro que caer en manos de las razas de color.

Por parte del Gobierno español, estaba tan decidido á que no hubiera guerra, que aún en medio de ella se entregaba á los más ciegos optimismos, tanto que el 12 de Abril de aquel año 1898 decía á Filipinas que no habría guerra: y el 29 del mismo mes, ocho días después de rotas las hostilidades, salía el Almirante Cervera con su escuadra sin una noticia clara y terminante de que la guerra estaba declarada y que España la aceptaba, de buena ó mala gana, pero que la aceptaba.

Siguiendo el escrito de que nos ocupamos y que salta de Occidente á Oriente, queriendo abrazar en una las enseñanzas de la guerra, se cometen iguales errores al apreciar la situación de Filipinas. Allí no había una insurrección magna, como se supone, pues sólo la insurrección ya dominada existía en la provincia de Cavite, dejando sí rescoldo para un gran incendio. Allí, apesar de que Bonamico afirme lo contrario, *calza* la idea expuesta en mi defensa del Almirante Montojo, de recoger las fuerzas navales en los arrecifes del Sur, pero cuyo análisis que no hace

el critico italiano, que muestra ahí más que en las Antillas desconocimiento de las cosas y de la localidad, vamos á hacerlo nosotros en brevísimas palabras.

En los ríos y en los arrecifes del Sur, dentro de islas y pueblos completamente adictos, con mares poblados de arrecifes, con corrientes de cinco y seis millas, sin comunicaciones, sin cables y sin grandes ciudades que atacar, la misión de la escuadra de Dewey hubiera sido poco menos que imposible, de haberse decidido al ataque y siempre una amenaza á toda su línea de comunicaciones. Seguramente que eso no resolvería la guerra, pero permitía ganar tanto tiempo como hiciera falta para que se resolviera el conflicto en las Antillas ó en la Península, que es donde se tenía que resolver.

Pero veamos lo que esto significaba en Filipinas. En primer lugar el incendio de todos los buques que no podían ir con sus máquinas; el incendio del Arsenal, que como Arsenal de invasión estaba delante de los fuertes é indefenso al mar; la necesidad de desalojar la ciudad de Cavite, poblada en su mayoría de europeos, ciudad que una vez desalojada no la hubiera podido tomar Dewey, defendida con tiradores desde las playas cercanas, y un par de batallones en sus sólidas murallas, ni la hubiera destruído para no gastar tantas municiones. Seguía á esto la resolución de sufrir el bombardeo de Manila para lo que era preciso reconcentrar todas las fuerzas europeas sobre el ferrocarril de Daguan para alimentar la capital y el pueblo interior, que se de-

signara de refugio; y el concentrar las fuerzas europeas era abandonar la numerosa población europea, esparcida por todo Luzón, con la inmensa gravedad, que esto entrañaba al venir las fuerzas americanas acompañadas de Aguinaldo.

¿Y estas medidas realmente de defensa desesperada, que requerían grandes gastos y el convencimiento de la imprescindible necesidad de medidas las más violentas, cree Bonamico ni nadie que las pueda tomar una autoridad ligada por el cable con su Gobierno, el que el mismo día 12 del mes de Abril aseguraba que no habría guerra y en telegrama anterior del 12 de Marzo usó la extraña palabra *reyerta* como cosa sin importancia?

A tal punto copia de Wilson, sin siquiera coger un compás, que acepta los ágrios cargos contra las baterías del Corregidor, porque no tomaron parte en la batalla de Cavite, cuando el absurdo de que hubiera cañones que vieran impasibles el combate, debió por sí mismo llamar la atención, para ver que de las baterías al sitio de la lucha habían 21 y 22 millas, que hasta la tierra de San Roque se interpone delante de la línea recta de una de las baterías y que sólo enviando los proyectiles por correo, es como hubieran podido tomar parte en la acción, por lo que tan graves, tan ligeros y tan ofensivos cargos se hacen. ¿Y por último, de qué parte oficial americano ó español ha sacado que la batería de punta Sangley estaba inútil, cuando tiró mientras la dió la gana? Dewey, que le dió más importancia y que razonablemente debió suponer que allí había más artillería, lo que

dice es que no le causaron daño, lo que es muy distinto. El que lo dice es Wilson, según Bonamico, en su pág. 445, lo que ya sabíamos.

Volviendo al Atlántico, repetiremos que en España dominaba un optimismo, que podrá ser tan absurdo como se quiera, pero no por eso es menos positivo. Nadie creía en la guerra y los mismos que la vieron ya inevitable la suponían de muy pocos días, menos aún de lo que ha sido efectivamente y con ello los vapores carboneros que cita Bonamico en su pág. 84, se dispuso que se contrataran en Inglaterra después de la salida de la escuadra: es decir, había que buscarlos, llevarlos á Cardiff, cargarlos y que fueran á su destino, y por consiguiente era evidente que no podían llegar antes que la escuadra batida ó no batida fuera bloqueada, en lo que nada pudo influir el Almirante Cervera; ni en escoger las islas de Cabo Verde, que tampoco las escogió, sinó á las que fué enviado y donde no ya carboneros, ni el carbón necesario pudo adquirir, con pretexto de huelgas en Cardiff, y eso en tiempo de paz. ¡Un sólo carbonero hubiera cambiado la faz de las operaciones! Pero no sabremos como decir una y un millón de veces que la escuadra fué *empujada* á las Antillas sin un carbonero.

No reviste á lo menor honrada discusión sostener que á un militar se le empuja, se le envía sin recursos sin municiones, sin carbón en Marina, sin puerto militar, sin apoyo, á la boca del lobo y luego se le dice... ahí compóntelas. Si el Almirante Cervera hubiera tenido elección de operaciones, podía la histo-

ria hacerle cargos, por no haber sabido sacar más ó menos partido de lo que tenía, pero lo único que se le dejó elegir fué el modo de ser destruído, sabiendo lo que después vieron hasta los ciegos, y es: que su destrucción era la rendición de España; y al salir de Cabo Verde las *cuatro valientes naves*, iban *irremediablemente sentenciadas;* palabras de Maham, no mías, lo que decimos al crítico italiano, no le ocurra lo que con las de Colomb.

¡Pero qué más que las mismas palabras de Bonamico, (pág. 457), en que se refiere á un escrito anterior en que decía *la partenza del Cervera con quel pizzico di forza navale, che poteva è doveva divenire il nucleo di una squadra potente, è stato l'errore più grande è fatale fra è molti che ha prodigato in questi ultimi mesi il governo di Madrid...*

No es posible mayores contradicciones consigo mismo que las que en todo aparecen, pues si los errores no crean situaciones imposibles no serían errores, y juzgar las consecuencias de los errores, como se juzgarían las de medidas acertadas, equivale á sostener la teoría de los responsables de tanta desventura, cuya sentencia es... que pague Cervera.

No es el menor de los errores en Bonamico suponer que en Madrid funcionó una junta directiva de la guerra como la que en Washington dirigió las operaciones de la escuadra americana, pues en Madrid casi ni el Ministro de Marina tuvo la iniciativa de lo que se hizo en su departamento.

Es cierto que para determinar la salida de la escuadra del Almirante Cervera se reunió una Junta

de Almirantes, á la que fueron llamados cuantos había en Reserva, incluso los retirados del servicio, y de ahí el número, apesar de no haberse nunca adoptado tal procedimiento, y cuya reunión fué para una pregunta concreta, cuya respuesta estaba preparada de antemano.

Nada más expresivo para ver claro en este asunto que las palabras del Contra-Almirante Pasquín, Senador del reino, ex-Ministro de Marina y actualmente retirado por edad del servicio activo. Dice así: «...que antes de dar cada uno su opinión, importa saber si es el Gobierno quien nos convoca como Junta de Guerra, ó es solo el compañero el que nos invita á exponer nuestras opiniones particulares, porque en el primer caso cada cual es responsable de las que emita y en el segundo no tienen otro valor que el de consejos de amigo, y que de todos modos habiendo sido convocados sin expresar el objeto, no ha podido hacerse ninguna preparación para exponer planes de la importancia y gravedad del que se nos pide.»

Es decir que no se sabía, si era una Junta, si una reunión de amigos, sin aviso, sin preparación y llamando á los hombres políticos al par de los Almirantes en activo servicio.

Y sólo agregaremos que de tal modo se presentaron las circunstancias, que creemos que de haber sido Almirante, si hubiéramos tenido la desventura de ser de aquella Junta, seguramente habríamos opinado como la mayoría, cuyo silencio es el mayor holocausto que puede hacerse en bien de altos principios de interés nacional.

No hubo, pues, en España *board* de ninguna clase, y la prematura muerte de los Ministros de Marina y de Guerra, de aquellos días, son muestra de cuanto trabajan las penas en los hombres de honor cuya memoria elevará la historia al hacer tristísimas comparaciones.

En estas condiciones no estaba Cervera votado al sacrificio, como en forma poco correcta estampa Bonamico varias veces, sin merecerle el respeto que á los propios enemigos ha merecido la gran figura del Almirante español. Cervera fué un soldado, dispuesto á dar un consejo mientras pudo y á obedecer cuando se le mandó. Pero ni sentó plaza de mártir, ni de suicida para seguir la extraña pretensión del crítico italiano, de que conociendo que iba al desastre lo mejor era despachar pronto. Jamás estuvo dispuesto el Almirante, no ya al sacrificio inútil, sinó al sacrificio *que entregaba á España á mercced del enemigo*, y al hacerlo por orden de otra autoridad ha borrado de su honrado nombre la triste nota de haber sido él el que ha cerrado la historia colonial de España.

Desconocemos la historia militar de Bonamico, pero de sus escritos y de sus planes infantiles se deduce que no es mucha su experiencia: y si cree entre otras cosas, que las ciudades modernas están dispuestas á repetir escenas de resistencia como otras de la antigüedad, sin que nada enseñe la populosa ciudad de Orleans rendida á cuatro hulanos, el temor ridículo é infundado de las ciudades de los Estados Unidos, el no menor terror del litoral de

España, creemos que por lo inocente merece universal renombre.

Precisamente cuando los sucesos de Fashoda hicieron temer un conflicto entre Francia é Inglaterra, los escritores militares de la primera nación sostenían en bellísimas teorías el plan de guerra defensivo, de modo que las escuadras en los puertos esperarían la ocasión, que no podía dejar de presentarse.

¡Esperar la ocasión, ardiendo la Cannebiere!

¡Doblemos la hoja!

Sensible es que del combate no saque ni una enseñanza y que califique de admirable la insulsa é inexacta descripción de Wilson, rehusando el mismo adjetivo que nos dedica, pues no queremos vernos en tan *admirable* compañía. Compare la descripción del combate y el plano hecho por los capitanes americanos é inserto en el annual de Brassey de 1899 y la mía, y verá el acuerdo de los que fueron enemigos, que honrosamente escriben sobre los sucesos y aún analice la del almirante Sampson á pesar de las discrepancias de sus capitanes sobre todo en distancias y allí hallará la verdad y no en la tantas veces citada obra que le sirvío de guía y le ahorró el trabajo de buscar antecedentes.

A renglón seguido y con igual desenfado se trata de la salida de Santiago, con argumentos tan pueriles, que si al que no conoce la localidad se le ocurren, no podían dejar de ocurrírseles á los que en ello les iba la honra, la vida y la fortuna. Los mejores jefes americanos reconocen la imposibilidad de la salida

de noche: y ciertamente que pecan de soberanamente ridículas las observaciones que sobre esto hácen Wilson y compañía, pues son de un género á las que sólo cabe decir: ¡noticia fresca!

Las condiciones de la entrada en Santiago fueron las que impidieron que Sampson forzara el puerto; las tales condiciones hicieron que fuera absolutamente imposible la salida de noche; las mismas condiciones hicieron necesario el desembarco de un ejército, de todo punto innecesario en Cienfuegos y la Habana por distintos motivos, pues el ejército americano solo desembarcó para tomar la boca del puerto, y esto es lo que debió hacer y no ir á Santiago, si el general Schaffter hubiera cumplido como lea soldado de su país. Es más: tomada la población y mientras no tomara la boca del puerto, la escuadra del Almirante Cervera hubiera hecho retirar impunemente á todo el ejército americano, mientras que tomada la boca y levantados los torpedos, los grandes acorazados hubieran podido entrar uno á uno y de haberlo conseguido, como es probable, aunque no impunemente, Santiago hubiera caido en sus manos sin gran sacrificio y no en las de Schaffter, que era de lo que se trató y no de servir á su país por parte de este último.

Si el general Linares hubiera tenido siquiera media docena de cañones de batalla modernos con que defender las lomas de Sevilla, no hubiera avanzado la artillería americana con la impunidad que lo hizo, y cuando ni mirando al mar, ni mirando á la tierra había un cañón que mereciera el nombre de tal,

contra artillería de la mejor del mundo y eso se llama difícil, no se llamen campañas fáciles, ninguna, en ninguna parte.

Las consideraciones de la Junta de guerra, no consejos ni cosa parecida, está completamente terjiversadas: y es notable que después de tanto empeño en sostener la salida, luego se censure porque no corría prisa.

Ciertamente que el general en jefe fué el que dió la orden de salida de la escuadra, cuando después de pedirla, para recibirla había puesto en Santiago el día de nuestra llegada cinco cañones de bronce de 1724 y en Cienfuegos dos de 9 $^{c}/_{m}$ Krupp, todo lo que por cierto era de su competencia, salvo que la ruina de la escuadra traía la de España, no la de Cuba sola, como equivocadamente se suponía.

También cambia Bonamico lo dicho en la junta del 2 de Julio, en que no hubo consejo sinó llamada á bordo para recibir las órdenes de la batalla.

Sensible es que del combate no saque ni una enseñanza ni una idea y que critique el hecho de haber varado el *Teresa* atribuyéndolo, como Wilson, solamente como un medio de perder menos vidas. No es posible mayor desconocimiento de la guerra en tan conocido escritor. ¿Qué cree que debe hacerse con un buque cuya máquina está perdida en medio de buques completamente invulnerables? ¿Dejar que el enemigo se entretenga en ir matando poco á poco la tripulación para que luego se apodere del buque tranquilamente? ¿Echar el buque á pique y ahogar los supervivientes del combate? ¿Para placer de enemi-

gos y satisfacción de los causantes del desastre, que sin duda hubieran dedicado un gran responso á los héroes; con música de Stradella?

¡Y respecto al plan de batalla! ¿qué hizo Nelson con el Victory en Trafalgar sinó lo que se propuso hacer Cervera en Santiago?

Imposible de seguir una obra como la de Wilson en que nada se refiere á los hechos ocurridos y éstos juzgados de un modo que no les haríamos el honor de discutirlos, sino los hubiera amparado una firma para nosotros tan admirada como respetable.



III

Como después de una pesadilla, el número de Octubre de *La Rivista Marítima Italiana* en que Bonamico hace ya un estudio general de orden político, abandonando la inspiración de Wilson, según el mismo confiesa, página 265 (Septiembre 1900) *onde consigliamo al lettore, que desiderasse conoscere con esattezza i particolari: tattici della bataglia de consultare il texto del Wilson, etc.*, y apesar de que en muchas cosas no estamos conformes, vuelve el escritor italiano á recobrar su profundidad de miras y sus indisputables conocimientos, á la vez que su independencia de criterio que seguramente sería muy distinto de haber bebido en mejores fuentes, y de no haber caído en la debilidad de hacer frases de pésimo gusto, como *la siesta y la tertulia,* en lo que por decoro propio no lo imitaremos, cayendo en la vulgaridad de hacer frases semejantes del pueblo italiano, al que como todos los del mundo, no les falta alguna conseja semejante.

Así, pues, desentendiéndonos ya de una vez de Wilson-Bonamico agregaremos algunas líneas en esclarecimiento de asuntos de tanta importancia.

Respecto á Filipinas: se perdieron estas islas para la raza blanca el día en que los japoneses ganaron la batalla de Yalú; y la propaganda revolucionaria, las lójias; el levantamiento y la fácil campaña de los americanos contra España, no son más que incidentes de un drama que no ha terminado y cuyo final es pasar las islas al dominio más ó menos directo del Japón, suceso que es posible ocurra años antes que hubiera ocurrido mientras las Filipinas estaban bajo la bandera de España.

No puede tolerarse sin una enérgica repulsa la eterna cantinela del atraso de las colonias españolas ante la esclavitud y tiranía de las colonias holandesas, francesas é inglesas, cuando nadie en el mundo ha hecho en las suyas lo que España en las islas Filipinas, en las que civilizamos y cristianizamos á toda la población indígena, cuyos municipios podrían servir de modelo á muchos pueblos de Europa. Tratados los indios de igual á igual, viviendo entre ellos con completa confianza y con todos los medios de cultura de los europeos, precisamente por su adelanto han sentido la influencia decisiva del Japón, de cuya raza son los tagalos, no sólo primos hermanos, sino que son de pura raza y apellidos japoneses todas las familias que forman la antigua aristocracia de la isla de Luzón.

Realmente las islas no están hoy en condiciones de gobernarse solas, lo que constituye un grave problema para los mismos Estados Unidos, pues la fruta está verde para ellos y no está lo suficientemente madura para el imperio del sol naciente; de cuya circunstan-

cia y del encadenamiento de los sucesos podría hacerse un hermoso estudio de enseñanza, que aún nadie lo ha intentado siquiera.

No es menos la odiosa ridícula pretensión de que la Isla de Cuba será más próspera en otras manos. ¿Acaso Santo Domingo, Haiti y todas las Antillas menores no tienen el mismo terreno y las mismas condiciones que la Isla de Cuba? y á pesar de eso y de su mentida prosperidad no llegaron todas juntas á producir lo que Cuba cuando era española.

No llegaron, pero llegarán con la ruina de Cuba, apesar de que con inmenso desconocimiento de la verdad y de la historia sostenga Bonamico (pág. 80.) que en breves años la *Perla de las Antillas* aumentará en población, en bienestar y en vitalidad productiva.

¿Acaso Jamáica, baldón de la civilación, ignominia de Inglaterra, donde ya solo quedan el dos y medio por ciento de blancos, no tiene las mismas condiciones que la Isla de Cuba? ¿Y la Isla de Puerto Rico, de igual prosperidad que la gran Antilla tenía acaso algún secreto que no poseyeran las islas vecinas?

El secreto era que lo trabajaban españoles; apesar de que lo nieguen la soberbia y la ignorancia de otros pueblos, que no han sabido más que entregar á las razas de color las tierras que en la zona tórrida nos arrebataron.

El gran secreto de la Isla de Cuba, ha sido que fué y, aunque ya en menos proporción, es aún el único territorio de los trópicos en el universo entero

que pueda titularse como poblado por la raza blanca, de inmenso mayor número que la de color y á lo que ha debido su prosperidad, cuya situación la sostenía la emigración española, que desaparecerá poco á poco, como no puede menos de suceder dentro de brevísimo tiempo.

Estas circunstancias, la imposibilidad del trabajo de los blancos en ciertas faenas, sobre todo en el campo; la concentración de los negros en las ciudades, menos en el departamento oriental; la rápida desaparición de la raza africana; el cambio verificado en la fabricación y en la agricultura después de la supresión de la esclavitud, lo que modificó profundamente la forma de la riqueza pública; la agravación del usurario sistema llamado de refacciones; la codicia general acostumbrada á un interés mínimo de un diez y ocho por ciento; el desnivel incomprensible entre el jornal del campo y el de las ciudades, y hasta la radical transformación de un número inmenso de familias constituídas por individuos de razas distintas, trajo sobre Cuba no el conocido problema de las razas como se ha presentado en otras partes, sinó el problema social de una raza que no puede vivir en los trópicos sinó con ciertas comodidades, y que al quedarse casi sola tenía que contar ricos y pobres, lo que para estos era sinónimo de ser negros. De ahí la parte importante que la mujer ha tomado en la rebelión, pues sobre haber nacidas en la Isla muchas más mujeres que hombres, la mujer blanca que se resignaría á ser pobre no se resigna á ser negra, y blande la tea de la discordia sin calcu-

lar que el clima que arrojó á los blancos, arrojará á los que no lo son tanto, siendo ellas mismas las primeras víctimas de su ceguera.

De cuanto dejamos expuesto se han derivado los caracteres de la lucha, unas veces como las guerras agrarias de la Edad Media; y otras la lucha por la levita de una masa de gentes que en otras partes se hubieran contentado con la suerte modesta que les asignó la fortuna. Los españoles no hallaban en Cuba las riquezas en la calle, las hallaban en su trabajo, sin medir los peligros, ni contar los que el clima cruel enviaba al cementerio, y ese era el secreto de la Isla de Cuba, de su riqueza, de su prosperidad que no recobrará jamás, como no la ha recobrado Santo Domingo que en nuestras manos fué lo que era Cuba en 1894.

En este estado de profunda perturbación, la Isla de Cuba hacía años que estaba perdida y así lo dijeron al Gobierno español, confidencialmente, casi todos los Gobernadores Generales. De ese estado de cosas nacieron los económicos, los reformistas, los autonomistas, y la Isla hubiera cambiado rápidamente de existencia política á no ser la enorme masa de peninsulares, que aunque debilitada por la reforma, hacían muy difícil la solución.

Resuelto ya el problema en la Isla en 1898, la guerra con los Estados Unidos, casi no significa nada; y realmente no ha sido para arrebatar Cuba á España, que ya la tenía perdida, sinó á los cubanos que mucho más libres que lo son hoy tenían derecho á su independencia, fueran las que fueren las conse-

cuencias; y lo verdaderamente asombroso es lo poco que hicieron las escuadras americanas con la masa colosal de fuerza, de elementos y de recursos de todo género á la misma puerta de su casa.

Ahora bien; los incidentes de parte de España, todos los han dado hechos los españoles y especialmente los españoles anglo-manos.

Desde principio del siglo, juguete España de Francia é Inglaterra, cuya enemistad ó alianza ha sido igualmente funesta para España, como dice Bonamico, para la primera: desde la invasión napoleónica, tomó carta de naturaleza la anglo-manía, especialmente en las clases elevadas y sobre todo en Madrid y en los centros de mayor cultura. No es ciertamente el pecado solamente de los hombres del 98, pues el mal viene de mucho más lejos, alcanza á todos los partidos gobernantes y á los que no han gobernado, tanto que seguramente que quien quiera que fuere el que hubiese estado en el poder en aquella triste ocasión, hubiera cometido iguales errores.

Citaremos algunas opiniones que tomamos de las admirables cartas de Ortiz del Barco. En efecto: decía Cánovas del Castillo, (jefe del partido conservador) el 6 de Noviembre de 1889, en su discurso en el Ateneo de Madrid, (pág. 76). «Los Estados Unidos constituyen en su conjunto una de las más excelsas creaciones que los hombres hayan realizado jamás.» Y el partido opuesto, el jefe del partido republicano federal, el Sr. Pí y Margall en su obra *Las Nacionalidades*, dice que: «Los Estados Unidos son la nación-

más poderosa del mundo donde se practica la justicia y el derecho.»

Y Castelar, conocido del mundo entero, dice en las Polémicas: «Allá en el Atlántico se levanta un mundo en el cual solo es posible la libertad, mundo más hermoso que la antigua Europa, preparado por Dios para una nueva idea.»

Copiamos estas notas de un inteligentísimo escritor, no queriendo citar á todos los hombres del día, pues todos han caído en igual pecado.

Con estas ideas tomaron carta de naturaleza las sociedades masónicas, nacidas en hostilidad á España, sociedades que, si donde son públicas son inocentes y á menudo ridículas, el secreto las hizo poderosísimas en las colonias, donde ese velo del secreto cegó á tantos inocentes que por españoles se hacían matar en el campo, por la misma conjura que días antes se había tramado en sus propias narices con su dinero y con su propia cooperación. Combatida por esas sociedades la religión católica, sin reparar en medios, han venido defendiendo la iglesia anglicana, no la griega ni el protestantismo alemán, sino siempre la inglesa, no consiguiendo sinó unir la anglo-manía con el indiferentismo religioso, constituyendo las clases directivas de España en lo menos españolas posible.

En este estado sobrevinieron los sucesos del año 98 y los hombres que ocupaban el poder, de cuya lealtad y patriotismo no puede dudarse, salieron como salen los conspiradores que á fuerza de comunicarse noticias de unos á otros creen que el mundo

está ardiendo, y se asombran que el lanzar el grito *deseado por las multitudes*, los tomen por locos. Esos hombres, como hubieran hecho otros en su lugar, seguramente, ante la inmensidad del peligro, se sintieron ingleses, y se hallaron ante la figura imponente del pueblo español, no anglo-maniaco, sino sólidamente español, y no masón, sino profundamente católico. Todo era terror del pueblo que tantas veces ha mostrado su virilidad y nada se ocurrió mejor que mostrar la catástrofe con un nuevo Trafalgar, frase que se atribuye nada menos que al antiguo y malogrado jefe del partido conservador D. Antonio Cánovas del Castillo, para que ante el vencimiento, el pueblo español reconociera la necesidad de una transacción, que según los anglo-manos, el pueblo, *donde se practica la justicia*, no podía llevar más allá de declarar la independencia á Cuba. Por eso y aunque se asombre Bonamico, ¿sabe porqué no se procesó al Almirante Cervera ni á sus Capitanes? Porque su voz era la del pueblo español.

Este es un campo hermosísimo de enseñanzas que estudiar, que difícilmente podía hoy hacer ningún español, pero que sin duda hará la posteridad; estudio social, político y militar de positiva enseñanza, que no se saca de estudios ligeros sobre bases completamente equivocadas en su mayor parte.

No conocemos suficientemente á Italia, para saber hasta que punto es grave la anglo-manía que positivamente padecen ciertas clases, y si ésta trasciende al pueblo, para que en días de conflicto puedan estar unidos pueblo y gobernantes, que es

la única fuente de fuerza en las naciones, para que en llegando la ocasión no sea el desengaño más cruel; pero sí conocemos los escritos de la *Rivista Marittima*, que acusan en muchos escritores tan profunda anglomanía que dejan sus escritos en inglés, en pensamientos y hasta en lenguaje, que podemos juzgar, pues conocemos el italiano como nuestro propio idioma; pero al menos sabemos que los intereses de Italia no son los de otras naciones, y que en Italia por sus tradiciones, su historia, sus adelantos y su propia fuerza, no hace falta más que mirar á Italia para sentir y pensar como buenos italianos.

Y aquella marina como estratégica, como política, como brazo de un todo social, cuya fuerza irresistible, si viene *della piazza*, ha de sentir en el momento más angustioso, tiene mucho que estudiar, mucho que meditar y que aprender en las enseñanzas de la guerra hispano-americana: enseñanzas que hasta hoy nadie ha escrito en Italiano.

Bilbao y Diciembre de 1900

V. M. CONCAS.


SIGILLVM ACADEMIAE HARVARDIANAE IN NOV ANG
CHRISTO ET ECCLESIAE
VE RI TAS

